

tades de opiniones y de pensamientos, mas terribles que las otras.

La grande y misteriosa escena del Evangelio pasa casi toda sobre este lago, y en sus orillas y en las montañas que le circundan y le ven. Ahí está Emau, donde escogió á la ventura sus discípulos entre los últimos de los hombres, para dar testimonio de que la fuerza de su doctrina reside en ella misma, y no en sus impotentes órganos. Allí está Tiberiades donde se aparece á S. Pedro y funda en tres palabras la eterna gerarquía de su Iglesia. Allí está Cafarnaum; allí la montaña donde pronuncia el sublime sermón de la montaña;—allí la otra donde dice las nuevas beatitudes segun Dios;—allí aquella donde esclama: *Misereor super turbam!* y multiplica los panes y los paces, como su palabra engendra y fortalece la vida del alma: allí está el golfo de la pesca milagrosa, —aquí está todo el Evangelio, en fin, con sus dulcissimas parábolas y sus tiernas y deliciosas imágenes que nos aparecen tales cuales aparecian á los oyentes del divino Maestro, cuando les señalaba con el dedo el cordero, la majada, el buen pastor, el lirio del valle;—he aquí en fin, el suelo que Cristo prefirió en la tierra, el que él eligió para primera escena de su misterioso drama; donde durante su vida oscura de treinta años, tenia sus padres, y sus deudos, y sus amigos segun la carne; donde esta naturaleza,

cuya clave poseia, le aparecia con mas encantos; esas son las montañas donde miraba como nosotros, salir y ponerse el sol que tan rápidamente media sus dias mortales;—aquí venia á descansar, á meditar, y á orar, á amar á los hombres y á Dios.

SIRIA.—GALILEA.

15 de Octubre, 1832.

El mar de Galilea, cuya anchura es de una legua poco mas ó ménos, en la estremidad meridional por donde llegamos á él, se ensancha al principio insensiblemente hasta la altura de *Emau*, estremidad del promontorio que nos ocultaba la ciudad de Tiberiades; luego, de repente, las montañas que le encajonan hasta allí, se abren en anchos golfos por ambos lados, y le forman un espacioso pilon casi redondo, donde se dilata y se desarrolla en un cauce de sobre doce ó quince leguas de circuito.—Este pilon no es regular en su forma, las montañas no bajan por todas partes hasta sus ondas;—unas veces se apartan á alguna distancia de la ribera, y dejan entre ellas y este mar una pequeña llanura baja, fértil y verde como las llanuras de Genezaret; ora se separan y se entrecienden para de-

jar penetrar sus olas azules en golfos abiertos á su pié y cubiertos de su sombra.

La mano del pintor mas suave no dibujaria contornos tan redondeados, mas indecisos y mas variados que los que su mano creadora ha dado á estas aguas y á estas montañas; no parece sino que ha preparado la escena evangélica para la obra de gracia, de paz, de reconciliacion y de amor, que debia una vez realizarse en ella! En el Oriente, desde las cimas del Jelboe que se entreven al lado del Mediodía; hasta las cimas del Líbano que se descubren al norte, una cordillera apretada, pero ondulosa y flexible, cuyos sombríos eslabones parecen de cuando en cuando prontos á soltarse y aun se rompen á veces aquí y allí para dejar pasar un pedazo de cielo.

No rematan estas montañas en su cima aquellos dientes agudos, aquellos riscos aguzados por las tempestades, que presentan sus puntas desgastadas al rayo y á los vientos, y dan siempre al aspecto de las grandes cordilleras algo de decrepito, de terrible, de ruinoso que entristece el corazon elevando el pensamiento.

Achícanse muellemente en cumbres mas ó ménos anchas, mas ó ménos rápidas, vestidas, unas de algunas encinas diseminadas, otras de verdosas malezas;—estas de una tierra pelada, poco fértil, que todavía ofrece rastros de un cultivo variado;—otras en fin, de solo la luz de la tarde ó de la mañana

que resbala sobre su superficie y las colora de un amarillo claro; ó de una tinta azul y morada mas rica que cuantas pudiera representar el pincel.—Sus faldas, aunque no dejan paso á ningun verdadero valle, no forman una muralla siempre igual; de trecho en trecho están rajadas por anchas y hondas barrancas, como si las montañas hubieran estallado bajo su propia pesadumbre, y los naturales accidentes de la luz y de la sombra hacen de esas barrancas sendas manchas luminosas, ó con mas frecuencia oscuras, que atraen la vista, y rompen la uniformidad de los contornos y del color.—Mas abajo, como que se hunden sobre sí mismas, y avanzan aquí y allí en el lago cerros circulares,—suave y graciosa transicion entre sus cimas y las aguas que las reflejan. Casi en ningun punto, por el lado del oriente, traspasa el peñasco la capa vegetal do que están cubiertas, y así esta Arcadia de la Judea reúne siempre á la magestad y á la gravedad de los paises montañosos, la imágen de la fertilidad y de la abundancia de los llanos. ¡Si cayeran todavía en su seno los rocíos del *Hermon!*—En el confin del lago, hácia el norte, esta cordillera de montañas se rebaja alejándose; á lo lejos se distingue una llanura que va á morir en las olas, y en la estremidad de esta llanura, una masa blanca de espuma que parece rodar desde bastante altura en el mar:—prodúcela el Jordan, que se precipita allí en el lago, que atraviesa sin mezclar sus aguas

con las suyas, y va á salir de él sereno, silencioso y puro en el sitio donde le hemos descrito. Toda esta estremidad norte del mar de Galilea está ceñida de una cenefa de campos que parecen cultivados; distínguense en ellos los bálagos amarillos de la última cosecha, y vastos prados de juncos que los árabes cultivan donde quiera que se halla un manantial para regar su pié.

Por el lado occidental, ya he pintado las cordilleras de cerros volcánicos que seguimos desde el alba, y que reinan uniformemente hasta Tiberiades.—Regueros de negras piedras, vomitadas por las bocas todavía entreabiertas de un centenar de conos volcánicos, surcan á cada instante las escarpadas pendientes de esta sombría y fúnebre cuesta. Solo variaban el camino para nosotros la forma singular y los estraños colores de las altas masas de lava endurecida que estaban esparcidas alrededor nuestro, y los restos de murallas, de puertas de ciudades destruidas, y de columnas caídas en el suelo que á cada paso atrevesaban nuestros caballos.—Las orillas del mar de Galilea, por este lado de la Judea, no eran, por decirlo así, mas que una sola ciudad.—Estas ruinas multiplicadas delante de nosotros, y la multitud de las ciudades, y la magnificencia de construccion que manifiestan sus fragmentos mutilados, me recuerdan el camino que rodea el pié del monte Vesuvio, desde Castellamare á Portici.

Como allí, las orillas del lago de Genecaret, parecían coronadas por ciudades, en vez de mieses y selvas.—Al cabo de dos horas de camino, llegamos á la estremidad de un promontorio que avanza en el lago, y la ciudad de Tiberiades se presentó de repente delante de nosotros, como una brillante y viva aparicion de una ciudad de dos mil años.—El pueblo cubre la falda de una colina negra y pelada, que se inclina rápidamente hácia el lago; rodádola una alta muralla cuadrada manqueada por quince ó veinte torres almenadas. Las puntas de los dos blancos minarettes se alzan solas encima de aquellos muros y de aquellas torres, y todo lo restante de la ciudad parece que se esconde del árabe detras de aquellas altas murallas, y no presenta á la vista mas que la bóveda baja y uniforme de sus techos grises, semejantes á la concha recortada de una tortuga.

Allí nos paramos, en el baño mineral turco de Emao.—Cúpula aislada y rodeada de soberbios restos de baños romanos ó hebreos.—Nos establecemos en la sala misma del baño.—Pilon lleno de agua corriente de temperatura de 100 grados de Farenheit.—Nos bañamos.—Dormimos una hora.—Volvemos á montar á caballo.—Tempestad en el lago, que yo deseaba mucho presenciar.—Agua verde como las hojas del junco que le rodea.—Espuma lívida y esplendente.—Olas bastante altas y muy apiñadas.—Gran ruido de las oleadas sobre

los guijarros volcánicos que arrastran; pero ninguna barca en peligro ni à la vista.—No hay una sola en el lago.—Entramos en Tiberiades con borrasca y lluvia veraniega.—Nos refugiamos en la iglesia latina.—Hacemos traer lumbre, y encendemos una fogata en medio de la iglesia desierta, la primera iglesia del cristianismo.

El interior de Tiberiades no merece siquiera esta rápida ojeada: sucio y confuso conjunto de algunos centenares de casucas, semejantes à las chozas árabes de barro y paja.—Nos saludan en italiano y en alemán varios judíos polacos y alemanes que, hácia el fin de sus días, y cuando ya no tienen nada que esperar mas que la incierta hora de la muerte vienen à pasar sus últimos momentos en Tiberiades, en las orillas de su mar, en el corazón mismo de su querida patria, à fin de morir bajo su sol, y de ser enterrados en su suelo, como Abraham y Jacob. —¡Dormir en la tierra paterna!—¡Testimonio del inextinguible amor de la patria!—Ervano sería negarlo.—Hay simpatía, hay afinidad entre el hombre y la tierra de que fué formado, de donde ha salido.—Es bien hecho, es cosa dulce de volverle à su sitio este poco de polvo que se le ha tomado por algunos días.—Haced, oh Dios mio, que yo duerma también en la tierra y junto al polvo de mis padres!

Nueve horas de camino sin descanso nos vuelven à Nazaret por Cana, teatro del primer milagro del

Salvador.—Linda aldea turca, graciosamente inclinada sobre las dos márgenes de un valle de tierra fértil, rodeado de colinas cubiertas de nópalos, de encinas y de olivos:—alrededor se ven granados, palmas, higueras. —Alrededor de los pilones de la fuente se agrupan mugeres y ganados.—Casa de San Bartolomé, apóstol, en la aldea.—Al lado está la casa donde se efectuó el milagro del agua convertida en vino;—está arruinada y à teja vana.—Los religiosos enseñan las vasijas que contuvieron el vino del prodigio.—Bordaduras monacales que en todas partes desfiguran la sencilla y rica tela de las tradiciones religiosas.

Después de haber descansado y bebido un rato en la orilla de la fuente de Cana, proseguimos nuestro camino, à la luz de la luna, hácia Nazaret. Atravesamos algunas llanuras bastante bien cultivadas, y luego una serie de collados cubiertos de verdura que se elevan à medida que se van acercando à Nazaret. Al cabo de tres horas y media de camino, llegamos à las puertas del convento latino de Nazaret, donde nos reciben de nuevo.

Al despertarme, quedé asombrado al oír una voz que me saludaba en italiano; era la de un antiguo vice-cónsul de Francia en S. Juan de Acre, M. Cattafago, personage muy conocido y muy importante en toda la Siria, donde su título de agente de los europeos, su amistad con Abdallá, bajá de Acre, su comercio y sus riquezas, le han hecho

célebre y poderoso: todavía es cónsul de Austria en S. Juan de Acre. Su vestido correspondía á su doble naturaleza de árabe y de europeo; llevaba un gaban rojo forrado de piel de armiño y un inmenso sombrero de tres picos, signo distintivo de los agentes franceses en Oriente; este sombrero data del tiempo de la guerra de Egipto, reliquia religiosamente conservada de algun general de brigada de Bonaparte; no se pone en la cabeza mas que en las ocasiones oficiales, en las audiencias del bajá, ó cuando pasa por el país algun europeo, á quien se cree hacer ver en él sus dioses penates. M. Cattafago era un viejecito, de fisonomía árabe, vivaz, penetrante, traviesa; sus ojos llenos de un fuego mitigado por la benevolencia y la cortesía, iluminaba su semblante con los destellos de una inteligencia superior. A la primera ojeada se concebía el ascendiente que semejante hombre habia debido tomar sobre árabes y turcos, que en general carecen de aquel principio de actividad que chispeaba en las miradas y se descubria en los movimientos y en los ademanes de M. Cattafago. Llevaba en la mano un paquete de cartas para mí, que acababa de recibir de la costa de Siria, por un correo de Ibrahim-Bajá, y una serie de periódicos franceses que él recibe:—habia creído con razon que seria una sorpresa muy grata para un viajero francés hallar así en medio del desierto, y á mil leguas de su patria, noticias frescas de Europa.

Leí las cartas, que me daban algunas inquietudes sobre la salud de Julia. M. Cattafago se retiró, suplicándome que fuese á almorzar á un pabellon que ha construido en Nazaret, y donde pasa solo los ardientes dias del verano, y abrí los periódicos. Mi nombre fué lo primero que me saltó á los ojos:—víle estampado en un folletin del Diario de los Debates, donde se citaban unos versos que dirigí á Walter Scott al salir de Francia. Fijé la atención en aquellos versos, cuyo triste é inquieto sentido se avenia tan bien con la escena en donde me los presentaba la casualidad, escena de las mas grandes revoluciones de la mente humana, escena donde el espíritu de Dios agitó tan profundamente á los hombres, y de donde tendió su vuelo sobre el mundo la idea renovadora del cristianismo, como una idea, hija tambien del cristianismo, agitaba la otra márgen de esos mares de donde me volvian mis acentos.

Del inmenso teatro do el destino

Al hombre agita, espectador cansado,

Nos dejas en un áspero camino.

Ni supremo profeta, ni inspirado

Bardo, tienen ahora las naciones,

Que camine á su frente ó á su lado.

Al empuje de indómitas facciones,

Los reyes de sus tronos han caído,
Que respetaron cien generaciones.

Dura un día de un jefe preferido
El mando, y otro al punto le seduce:
Dura un mes el reinado de un partido.

Todo del pensamiento al soplo cede,
Y nadie firmemente, nadie encima
Del monte del poder tenerse puede.

El lanza á los mas fuertes á la cima,
Mas, heridos de un vértigo en la altura,
Caen derrumbados en profunda sima.

En vano invoca y encontrar procura
El mundo un salvador: en su carrera
Nos arrebató el tiempo con presura.

Juega un niño sin miedo en la ribera,
Y en las aguas también del mar sin ceño:
Mas ¿quién á sus furiosos resistiera?

¡Cuando es grande una época, pequeño
Es todo hombre! Hoy todos, uno á uno,
Ser grandes quieren, mas con vano empeño.

¡Mira! reyes, soldados, juez, tribuno....
En todos el Señor pone su mano
Y no escoge entre todos á ninguno.

Rápido meteoro, el soberano
Poder hiere y devora, y arruina,
Con sus escombros al linaje humano.

¡Ah! la palabra, inspiración divina,
Ha soplado del mar en el abismo
Y una nueva creación en él germina.

Abandonado el hombre ya á sí mismo,
Con el afán de todos solo espera
Salir de su presente parasismo.

Todo! de un nuevo piélago la fiera,
Marejada; del cielo y del navío
La situación que sin cesar se altera;

Esas inmensas olas que bravío
Va el mar en nuestras frentes desplomando;
Ese horizonte lívido y sombrío,

Todo anuncia que el hombre está doblando;
Un cabo de furiosas tempestades,
Y de una nueva humanidad pasando
El trópico entre escasas claridades!

Volví á leer estos versos como si hubieran sido de
otro, tan completamente se me habían borrado de
la memoria, y de nuevo hirió mi mente el senti-
miento que me los había inspirado, aquel senti-

miento del temblor general de las cosas, del vértigo, del deslumbramiento universal del espíritu humano que corre con demasiada rapidez para darse cuenta de su mismo progreso; pero que tiene el instinto de un término nuevo, desconocido, adonde Dios le lleva por la senda áspera y llena de derribaderos de las catástrofes sociales. Admiré también aquel maravilloso poder de la locomoción del pensamiento humano, de la prensa y del diarismo, por medio de los cuales un pensamiento que se me había ocurrido, seis meses antes, en una alameda de Saint-Point, iba á encontrarse conmigo, como un hijo que busca á su padre, y á despertar los antiguos ecos de Nazaret con los sonidos de una lengua ya universal.

20 de Octubre, 1832.

He almorzado en el pabellon de M. Cattafago, con un hermano suyo y algunos árabes. Recorro de nuevo las cercanías de Nazaret, y visito en la montaña la piedra adonde Jesus iba, segun las tradiciones, á comer con sus primeros discípulos. M. Cattafago me da cartas para San Juan de Acre y para el muzlin de Jerusalem.

El 21, á las seis de la tarde, salimos de Nazaret. Todos los padres españoles é italianos del convento, reunidos en el patio, se agolpan alrede-

dor de nuestros caballos, y nos ofrecen unos, votos y oraciones por nuestro buen viage, otros, provisiones frescas, excelente pan cocido la noche anterior, aceitunas y chocolate de España. Doy quinientas piastras al superior en pago de su hospitalidad, lo que no impide á algunos padres jóvenes españoles deslizarme por lo bajo sus solicitudes al oido, y recibir furtivamente algunos puñados de piastras para comprar tabaco y los demas regalillos monacales con que distraen su soledad.

Los viajeros han hecho una pintura novelesca y falsa de estos conventos de la Tierra Santa; nada hay ménos religioso ni ménos poético que los tales conventos, vistos de cerca. El pensamiento que ha dirigido su institucion es grande y bello: unos hombres se arrancan á las dulzuras de la civilizaci6n de Occidente para ir á esponer su existencia, ó ir á pasar una vida de privaciones y de martirio entre los perseguidores de su culto, en los sitios mismos donde han consagrado la tierra los misterios de su religion: ayunan, velan, hacen oracion en medio de las blasfemias de los turcos y de los árabes, para que un poco de incienso cristiano humee todavía en los puntos donde nació el cristianismo. Son los guardas custodios de la cuna y de la sepultura sagradas: el ángel del juicio final los hallará solos en este sitio, como aquellas santas mujeres que velaban y lloraban junto al sepulcro vacío.